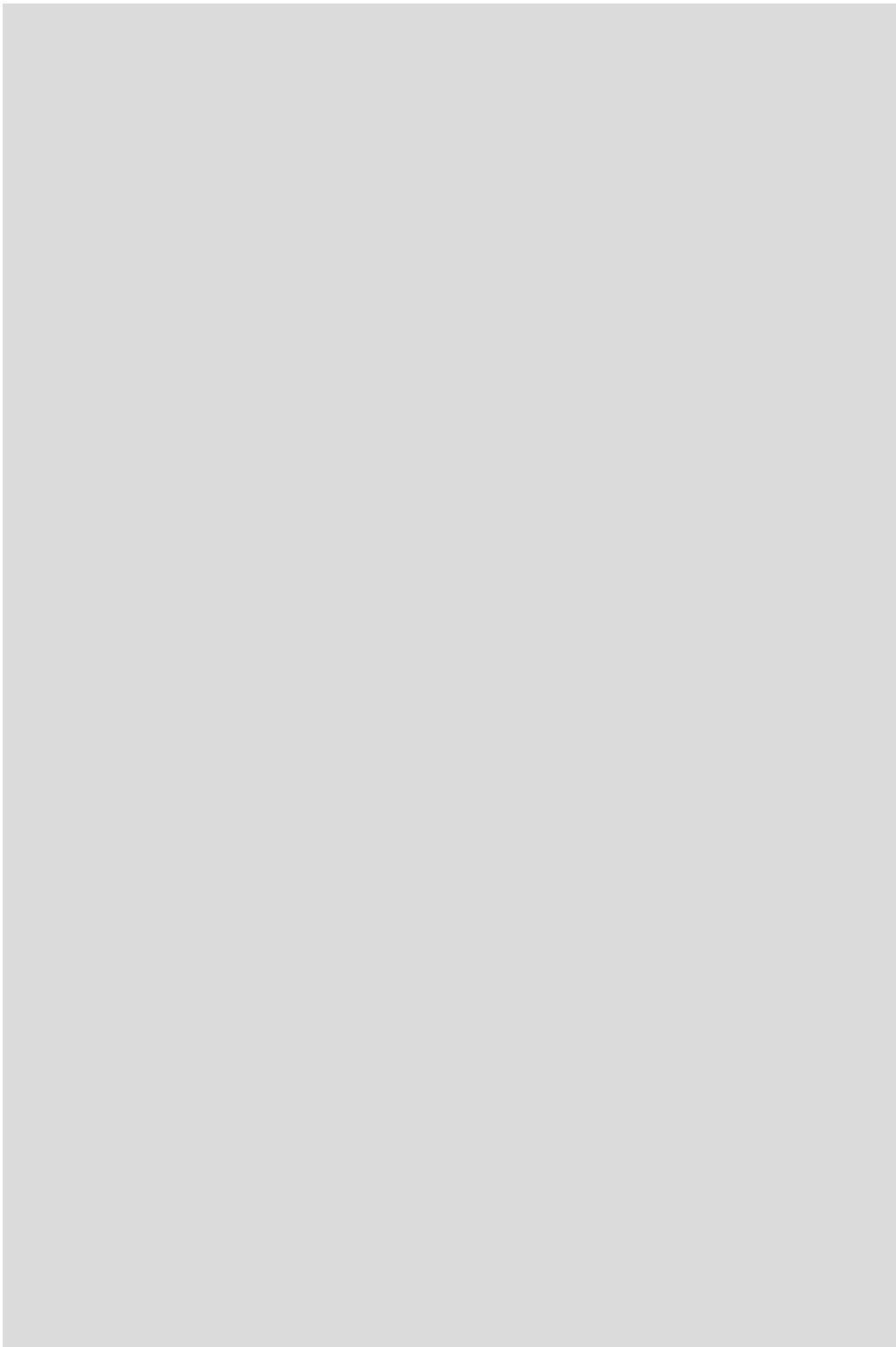


DECLARACIÓN INUSUAL

geraldine robles chipana



Capítulo 1

DECLARACIÓN INUSUAL.

Llevamos siendo amigos desde hace mucho. Marshall y yo, en realidad, nos volvimos más unidos desde la muerte de mi esposo Richard. Él me hizo prometerle que dejaría que Marsh entrara en mi vida como un amigo, o puede que como algo más. Nuestra amistad, por alguna razón, la hemos mantenido oculta de nuestros hijos. Bueno, no oculta. Solo no la demostramos mucho frente a ellos. Sé que Marsh está enamorado de mí. Lo estaba ya desde unos meses antes de la muerte de Richard. Hay ocasiones en las que, por el hecho de solo poder ofrecerle mi amistad, me sentía egoísta. No es que el tipo no me gustara. No. Era todo lo contrario. Creo que había llegado, con el tiempo y ciertos detalles minúsculos pero importantes como el traerme flores todas las mañanas y el siempre estar ahí para escucharme cuando necesitaba hablar, a meterse en mi corazón. Lo que me impedía aceptarlo era que él fue el mejor amigo de mi esposo. Se había quedado a trabajar como administrador y mano derecha mía en la cafetería, cuando perfectamente hubiera podido conseguir un trabajo mejor, con mejor sueldo y de más categoría. Y un día, mientras cerrábamos el negocio, se me ocurrió decírselo.

–Marshall ¿no te has puesto a pensar en que esto es demasiado poco para ti?

Él terminó de asegurar las puertas, por lo que nos quedamos de pie afuera. Yo estaba casi al filo de la vereda y se puso frente a mí.

–Sí. Alguna vez lo he pensado. Pero me gusta trabajar aquí, ¿sabes? –hizo una pausa y carraspeó–. Además, a mi edad dónde podría buscar trabajo.

Levanté una ceja.

–Para ahí, Eaton, que yo tengo la misma edad que tú.

Él asintió, y recorrió mi rostro con la mirada.

–Sí, Chris, pero la diferencia entre nosotros es que tú aparentas tener veinte años menos de los que en realidad tienes. En cambio yo...

Le imité y analicé todo su rostro. Excepto por algunas arrugas bajo los ojos, me pareció que tenía la misma apariencia de cuando nos conocimos.

–No te veo nada de malo, Marsh. Sabes disimular muy bien tu edad,

querido amigo.

Él sonrió, se acercó y me colocó las manos sobre los hombros. Era un gesto de cariño. Lo había hecho ya en anteriores ocasiones. Pero últimamente me hacía sentir nerviosa. Inclino la cabeza hasta que sus labios tocaron mi oído y susurró.

–Sabes perfectamente la razón de que no me vaya todavía, Chris. De que no tenga planeado irme en mucho tiempo.

Creo que él nunca había sido tan directo. Y creí, en ese momento, saber el por qué. Nuestros hijos ya estaban en la universidad. Cuando ellos terminaran, cuando se independizaran, no habría motivo alguno que nos mantuviera cerca.

–Marshall, tú sabes que...

Él se apartó, pero no quitó las manos de mis hombros. Enfocó sus ojos en los míos.

–Yo sé que algo debo haber logrado, Chris. Noté que te estremecías cuando susurré en tu oído. Noto que tienes los latidos del corazón acelerados.

No había caído en cuenta de esos detalles. Los había pasado por alto yo misma, puede que intencionadamente.

–Marshall, el hecho de que empieces a gustarme...

Me corté. No, no era posible que hubiese dicho eso. La sonrisa en el rostro de Marsh y la forma en que sus ojos brillaron, unidos a una leve presión de sus manos sobre mis hombros, me confirmaron que sí lo era.

–No quise decir...

–¿no quisiste decir eso? Yo creo que sí, Chris. Te dio un ataque de sinceridad.

Respiré hondo. Era hora de ponerlo todo en claro.

–Mira, Marshall, sí. En estos últimos tiempos me has empezado a atraer. Mucho. Sé que eres un buen tipo, que cualquier mujer estaría feliz de estar a tu lado... pero yo no soy esa mujer, Marsh. Tú... tú fuiste el mejor amigo de Richard.

Por un momento, él bajó la vista. Luego volvió a levantarla y sus ojos

tenían una determinación. Tremenda. Era decisión, inextinguible.

–¿Chris?

–¿Sí, Marsh?

–Estoy por hacer algo y debo avisarte, porque nada me va a parar.

–¿Qué?

Sus manos dejaron de estar sobre mis hombros para sujetarme el rostro y acercar el suyo. Demasiado cerca. Hasta el punto en que nuestros labios estaban a unos centímetros de tocarse.

–Te voy a besar, Chris –dijo con voz baja, ronca.

Y de pronto sus labios se estrellaron con los míos. No fue un beso suave, delicado. No. Fue un beso exigente, apremiante. Desesperado. Cargado de una pasión reprimida, de un deseo acallado. Un beso apasionado, pues. Y me descubrí correspondiéndolo. Con igual pasión que él. No sé cuánto rato estuvimos así, pero nos detuvimos por una circunstancia inesperada. Unas voces arrastradas, de dos personas bebidas, que expresaban a su modo la sorpresa que les producía vernos a Marsh y a mí en esa situación.

–pero... mira, trissss. ¿Eshos no son nuestros padres?

Nos apartamos rápidamente. Ahí, mirándonos, estaban mi hija Beatrice y Tobias, el hijo de Marsh. Se apoyaban mutuamente para no tambalearse ni caerse y se notaba que estaban tomados. Ambos soltaron una carcajada estruendosa.

–creo que tienesh razón, Tobias –dijo Tris.

Nosotros, por nuestro lado, teníamos la incredulidad tatuada en el rostro. Por lo que sabíamos, esos dos ni se hablaban. ¡Y ahora nos salían con eso!

–¿Tobias? –Dijo Marshall–. Ni a mí me dejas decirte así, hijo. Eso es preferencia. Se nota a las claras. –le guiñó un ojo al muchacho.

Tris soltó una risita.

–También me dejó decirle cuatrro, como el personaje, señor Eaton.

–¿y en honor a qué, si se puede saber? –pregunté

Ambos negaron con la cabeza.

–Lo sentimos, señora Christina, pero eso queda entre nosotros y nueshtrosh amigosh –me contestó Tobias.

–¿Tris?

–No, mamá.

De pronto el rostro de Tobias se volvió serio. O intentó ponerlo serio.

–Creo que ushtedes nos deben explicaciones.

Mi hija lo apoyó.

–Sí, yo también lo creo.

Marshall y yo nos miramos. Entonces recordé que la amiga de Tris, Ana, me había mandado un mensaje diciéndome que se quedaría a dormir en su casa.

–Los que nos deben una explicación, y buena, son ustedes dos –aseguré.

–Pero –intervino Marshall–, si quieren una explicación nuestra, solo les diré que pronto habrá boda.

Me sorprendí. Tremendamente. No me había esperado una declaración así, en esos momentos. Y menos que, no sé de dónde, apareciera un anillo en la mano que estaba extendida ¿en qué momento la había extendido hacia mí? De Marshall.

–Haysh –escuché que decía Tris–. Tobias, creo que nosh vamos a caminar un rato más.

Y empezaron a alejarse por el mismo camino por el que supongo habían venido. No tuve voz para impedirles la huida. No, con Marshall ahí, mirándome con el anillo en mano y gesto expectante.

– ¿Es en serio, Eaton?

–Muy en serio, Chris. Sí.

–¿Qué crees tú que te voy a responder, Eaton?

–No lo sé, querida. Eso lo dejo a tu buen criterio.

Me pasé una mano por el rostro. Luego, las palabras empezaron a fluir sin

que yo lo ordenara.

–No te quedes ahí, Eaton. Muévete y ponme el anillo.

Él sonrió. No recordaba haber visto esa forma de sonreír en su rostro. Tomó mi mano derecha con la que él tenía libre, la apretó un poco y luego me soltó. Titubeó.

–He... nunca he puesto un anillo yo mismo...

Me reí. No pude evitarlo.

–Vamos, Eaton. Dámelo.

Tendí la mano izquierda. Él me lo entregó, y yo me lo coloqué en la derecha.

Sonreímos. Ambos. En el fondo, supe que eso era lo que hubiese querido Richard. Y que desde hace no sé cuánto tiempo, era lo que yo –lo que ambos –queríamos. Y de pronto desde la esquina por la que habían desaparecido nuestros hijos nos llegaron dos voces escandalosas.

–¡Beso, beso, besooooo! –Gritaban ambos a todo pulmón.

Di unos pasos hacia Marsh. Él me miró.

–¿Y por qué no? –dije–. Al fin y al cabo, ya nos han visto antes.